

Pero sobre este punto las opiniones andan muy divididas.

Verdad es que la hembra prepara la cuna de su familia lejos del techo conyugal. A este efecto, abre en el flanco de un barranco ignorado un agujero lleno de sinuosidades, de cerca de un metro de profundidad, terminado por un espacio bastante grande que rellena de yerbas secas, las cuales cubre delicadamente con su propio pelaje. La madre va á hora muy adelantada de noche á amamantar á sus gazapos. Al dejarlos toma la precaución de cerrar la entrada de la madriguera con la tierra de la excavación, que hace caer con las patas y que tapa ingeniosamente con musgos y hojas.

Teniendo en cuenta que el conejar alberga una docena de familias, que en él hay vecinos discolos, que las disputas son frecuentes, y que este fansterio ofrece grandes dificultades para criar una familia, es muy natural que el cuidado de una madre busque un refugio en el que tenga más seguridad y se halle lejos de ruido y de los malos ejemplos. Por lo demás, hay observadores formales que afirman que el padre ama á sus pequeñuelos tanto como la madre.

Siendo esto así, los degüellos de gazapos serian debidos á miserables venganzas ó al despecho de amantes burlados.

El conejo se caza dando batidas con galgos, podencos y hurones.

La caza por medio de batidas es una imagen sobrada exacta de la degollación de los inocentes.

La caza con galgo concluye con mucha frecuencia por una cobarde emboscada.

La pequeña jauría destinada á la caza del conejo se compone ordinariamente de dos ó tres honrados podencos que trabajan metódicamente con la nariz pegada al suelo. Ante su prudente calma, el conejo hace cuanto se le antoja; se deja perseguir durante dos horas dentro de una hectárea de bosque, y se niega obstinadamente á refugiarse en su madriguera. ¡Bah! ¡Qué haría en su negro antro, mientras el Sol desliza alegremente sus brillantes rayos á través del follaje! Por otra parte, ¡la odorífera brisa sopla tan mansamente y la yerba es tan dulce! Así es que va y vuelve, corre tan pronto á la derecha como á la izquierda y hace desesperar á los perros con sus continuados engaños. Mientras Palomo y su camarada León anuncian allá abajo haber encontrado el hilo de la pista, que no pueden desenredar, el conejo se cree cándidamente libre de todo peligro, se sienta debajo de una mata, se entretiene en arreglar el desorden de su tocado y se dispone para limpiar su traje y alisar su bigote, pensando, sin duda

alguna, en su compañera. Entre tanto, sus enemigos han conocido el engaño, sus ladridos resuenan como truenos y llegan al punto donde se encuentra. Con cuatro saltos el conejo los deja muy atrás; pero su repertorio de habilidades es poco complicado: repite diez veces las mismas maniobras, evitando los grandes claros ó atravesando los linderos como un rayo, se embobará debajo de las carrascas y seguirá paso á paso el mismo itinerario que anteriormente.

Los hábiles disparan contra el conejo, cuando salta los linderos, al vuelo: los que no lo son le aguardan traidoramente bajo el matorral y le asesinan mientras descansa.

La caza del conejo con podencos se considera como una magnífica escuela de tiro. El animal corre con sorprendente velocidad, dirigiéndose hacia uno y otro lado sin seguir nunca la línea recta. Se necesita un ojo certero y rápido para tocarle. Hay cazadores que rara vez yerran un tiro en este ejercicio.

He conocido á un antiguo catedrático de sexto año, que después de haber cultivado durante seis lustros el jardín de las raíces griegas, adquirió luego una extraordinaria pasión por la caza. Por lo demás, era una persona muy amable, que sólo había conservado de su primera vocación la inocente manía de llenar la cabeza de sus jóvenes amigos de máximas sugeridas por sus meditaciones sobre los autores clásicos.

«Para la caza del conejo,—decía,—enseñad á vuestro perro á no moverse antes de salir el tiro. En el bosque, un perro que corre impide muchas veces disparar, y además expone á su amo á ver como una diversión agradable se convierte en un drama siempre doloroso.

Uno de mis antiguos discípulos, al disparar contra un conejo que saltaba delante de él en un soto, hirió mortalmente á su perro, que se había precipitado sobre la caza. El pobre animal no arrojó ni un gemido cuando se sintió herido: volvióse cubierto de sangre, se levantó sobre las patas traseras, y, apoyando las de delante sobre el pecho de su amo, fijó sobre él sus ojos, cuya expresión hacía aún más dolorosa la aproximación de la muerte, y luego, exhalando un lúgubre gemido, cayó para no volver á levantarse.

La emoción del cazador fué tan profunda, que estuvo á punto de desmayarse, y las lágrimas saltaron de sus ojos y corrieron por sus mejillas.

Un chisgaravis despreocupado y de corazón duro tuvo el mal gusto de burlarse de este dolor.—¡Pardiez! —exclamó;—hé aquí el recuerdo de un perro mucho más honrado que el de no pocos hombres.

Yo contemplaba esta triste escena.— Dispensad,



CAZA DE CONEJOS CON AVES DE RAPINA

caballero,—contesté;—estas lágrimas no honran el recuerdo del perro, sino al mismo que las derrama.»

Cicerón no hubiera replicado mejor.

La caza del conejo es poco fértil en estas anécdotas divertidas que tanto gusta á los cazadores referir. No obstante, hay las leyendas de tres asnos cogidos por tres conejos y condenados á muerte en este último concepto por los primeros.

Hé aquí una historia que demuestra que el cazar conejos al acecho puede ocasionar graves disgustos.

En la noche del 8 al 9 de febrero de 1883, Bignón, de oficio zapatero, y cazador furtivo por afición, cansado de las fatigas de una larga jornada, se disponía á tenderse junto á su compañero Toinette, que le aguardaba durmiendo.

Bignón se había ya desnudado y apagado la luz.



¡Sálvese el que pueda!

cuando, por desgracia, un rayo de plateada luz, deslizándose por las mal ensambladas tabias de la puerta, llamó la atención del cazador y se quedó inmóvil y meditabundo. El diablo le tentaba.

Entreabrió suavemente la puerta. La Luna brillaba con todo su esplendor por encima de los bosques de San Germán, el cielo estaba sereno, el aire seco, y el cierzo no existía. Era una magnífica noche de invierno.

—Los conejos juegan á docenas en los sotos,—muró

el espíritu maligno;—diez minutos de camino, un cuarto de hora de espera y... ¡pam! Ya tendremos guisado para mañana.

La tentación era poderosa y el hombre sucumbió. Su arma, una buena escopeta de un tiro, estaba ya en sus manos. Vistióse rápidamente, abrió la puerta y volvió á cerrarla sin ruido. Bignón, con la espalda encorvada, perdido entre la oscuridad de la noche, deslizándose como un indio de la tribu de los pielesrojas por

debajo de las ramas, se quedó pronto inmóvil, con el oído atento y el ojo avizor, teniendo delante de sí un espacio descubierto que conocía desde larga fecha.

Hacia diez minutos que estaba allí, cuando salió de los matorrales el largo hocico, no de un conejo, sino de una zorra, que se confundía con las sombras de los árboles. El ojo experto del cazador estimó desde luego en dos piezas de á cien sueldos cada una, por lo menos, la espesa piel de un rubio dorado que cubría las espaldas de su compañero de profesión en los bosques.

¡Pam!... Sale el tiro, cae el animal y queda inmóvil, extendido sobre el musgo.

Bignón, gozoso con esta fortuna inesperada, sólo piensa en marcharse cuanto antes. Coge el animal por las patas traseras y se lo echa á la espalda. La cabeza de la zorra, inerte y bamboleante, llega casi al extremo del espinazo del zapatero.

Éste había recorrido ya 500 metros, llevando alegremente su carga, cuando de pronto se detiene aterrado. La zorra, que había tenido un desmayo, de cuyo accidente dicha especie ofrece numerosos ejemplos, daba crueles mordiscos en la parte carnosa á cuyo nivel se balanceaba poco antes su inanimada cabeza. El cazador furtivo lanza un grito de dolor y suelta al animal, que cae de patas, da un salto hacia el bosque y desapare-

ce. La escopeta estaba descargada, y nada podía hacerse.

Bignón, con la mirada fija en la dirección por donde habían desaparecido sus diez francos, quedó aturdido y petrificado. La lección fué cruel. Comprendiendo, al fin, que todo se había perdido, se resignó á volver al techo conyugal, pero cojeando y con las orejas gachas.

Al día siguiente, las fúrracas del distrito se entregaban, en un rincón del bosque, á ruidosos cuchicheos. Bignón comprendió que celebraban la muerte de la zorra, que yacía en el fondo del vallado; pero le fué imposible ir á verlo.

La zorra tiene terribles incisivos. Bignón, cruelmente mordido, no podía andar ni sentarse. Toinette, que adoraba en la persona de su esposo al fabricante de zapatos, pero que detestaba al cazador furtivo, le hizo ver las estrellas. La digna ama de casa tenía buenos puños y la lengua muy expedita. Durante ocho días le prodigó las friegas calientes con aguardiente y alcanfor, y le abrumó con los más picantes sarcasmos; y, no contenta con esto, refirió lo sucedido á todas sus buenas amigas.

Quien ha cazado furtivamente no puede dejar de hacerlo. A fines de diciembre último, Bignón fué derribado y abierto en canal por un jabalí. Todo ello á causa del conejo.



## CAPITULO XXII

LOS CONEJOS PINTADOS POR LOS NATURALISTAS



A enciclopedia de caza en que andan unidos en estrecho matrimonio el solaz y la instrucción, no puede prescindir de invocar la autoridad de sabios naturalistas.

Hé aquí como el insigne Buffón describe á los conejos.

La liebre y el conejo, bien que semejantes en su estructura interna y externa, no se mezclan sin embargo, y constituyen dos especies distintas y separadas entre sí. Los cazadores aseguran que los machos buscan las conejas y las cubren en el tiempo del celo. Yo he procurado saber lo que resultaría de semejante unión, y á este fin he hecho criar conejos con liebres hembras, y machos liebres con conejas; pero tales experimentos sólo me han conducido á convencerme de que estos animales, cuya figura es tan parecida, son de naturaleza diversa y no pueden producir ni aun especies mestizas. Un lebrato y una coneja casi de su misma edad no vivieron tres meses juntos, pues luego

que empezaron á tener vigor se hicieron enemigos, y su continua guerra terminó con la muerte del primero. Dos liebres machos de más edad, que puse cada uno con una coneja, á uno le cupo la misma suerte que al anterior; y el otro, que era muy ardiente y muy robusto, y no cesaba de atormentar á la coneja procurando cubrirla, la mató á fuerza de heridas ó de caricias sobrado ásperas. Tres ó cuatro conejos de distintas edades, que hice aparear igualmente con liebres, las mataron en más ó menos tiempo, sin que unos ni otros produjesen. Con todo, puedo asegurar que realmente se unieron algunas veces, ó á lo menos hubo certeza de que el macho se satisfizo á pesar de la resistencia de la hembra y mucha mas razón había de esperar algún producto de estas cópulas que de los amores del conejo y la gallina, de que se nos ha dado la historia y cuyo fruto, según el autor, debían ser pollos vestidos de pelo, ó gazapos cubiertos de plumas, siendo así que debía de ser aquel un conejo libertino ó demasiado ardiente, que á falta de hembra se servía de la gallina de la casa, bien cual lo hubiera hecho de cualquier otro mueble; y que es fuera de toda verosimilitud esperar que produzcan dos animales de especies tan distintas, cuando nada resulta de la unión del conejo y de la liebre, cuyas especies son enteramente análogas.